

LOS PARISES

Una familia de próceres—Los Parises—Estudio dispuesto por José Joaquín París de la Roche y publicado bajo la dirección de Gustavo Arboleda, Vicepresidente de la Academia Nacional de Historia—Bogotá—Imprenta y litografía de Juan Casís—1919—282 pp. en 8.º

SOBRE ESTE LIBRO

La obra que tienes en las manos, inteligente y curioso lector, es un doble homenaje de piedad filial que don José Joaquín París de la Roche tributa a la memoria de sus antecesores ilustres y a la patria colombiana, con motivo del primer centenario de la fecunda victoria de Boyacá.

Este libro no es una historia, si se toma la palabra en el sentido que le daban los preceptistas clásicos, sino más bien un interesante depósito de materiales para los futuros historiadores de Colombia. En él se hallan genealogías de muchas grandes familias bogotanas, datos antes desconocidos, pinturas de costumbres, curiosas anécdotas. Ya se ha refutado el hueco precepto de Voltaire: «No digáis a la posteridad sino lo que es digno de la posteridad,» y se ha demostrado que una circunstancia minúscula suele contribuir a una revolución, a la caída de un imperio. Boissier señala como factor en la ruina de Cicerón sus gracejos mordaces contra gentes de viso de la sociedad romana.

El señor París, que conserva íntegra en la ancianidad una memoria privilegiada, que posee numerosos documentos inéditos, que fue testigo o actor de muchos de los acontecimientos que narra y supo los demás de los labios autortizados de su padre y de sus tíos, nos brinda noticias verdaderamente preciosas. Ha colaborado en esta obra, ordenando los asuntos, dando hábiles

retoques al dibujo y dirigiendo la publicación, don Gustavo Arboleda, uno de nuestros más eruditos, concienzudos e imparciales historiógrafos.

El estilo del libro es correcto, pero sencillo y familiar, como corresponde a los recuerdos de un caballero, esmeradamente educado en su juventud por los jesuitas, pero ajeno después a ocupaciones literarias.

En el primer capítulo leemos dos observaciones que, aunque no son nuevas, son verdaderas y muy pertinentes al asunto. La primera es que un relato histórico nunca es tan instructivo, interesante y ameno como cuando los hechos se agrupan en rededor de uno o varios personajes; y la segunda, que hay biografías equivalentes a los anales del país en una época determinada. Esto último que se dijo de la estirpe payanesa de los Mosqueras, es aplicable a la familia bogotana de los Parises. Aparece uno de ellos, cuando no varios, en todos los sucesos importantes de la vida nacional, empezando por el movimiento de 1810, que inició nuestra independencia, y terminando en la transformación política de 1886.

Entre los individuos cuyas vidas figuran en estas páginas, hay rica variedad de caracteres, profesiones y costumbres, desde el patriarca de severas costumbres hasta el calavera elegante; desde el militar de profesión, hasta el acaudalado rentista; desde los que murieron en su lecho, rodeados de los suyos, hasta los que perecieron en el campo de batalla o asesinados por odios de partido.

Pero en todos los Parises hubo ciertos rasgos comunes, la marca de la familia, que consiste en la fidelidad a las creencias católicas y a las opiniones conservadoras; la hidalguía en los procederes y la cultura en el trato; el valor que no afronta el peligro por obligación, sino que lo busca por placer; y, finalmente, la

esquivez en la hora de las recompensas, después del triunfo. Estas condiciones se hallan en don José Joaquín París, autor de estos recuerdos (1).

Entre aquellos meritorios varones, sobresale el general Joaquín París y Ricaurte. El y los generales bogotanos Francisco de Paula Vélez y José María Ortega forman, en el firmamento de las glorias colombianas, una constelación de dulce y discreto resplandor. Soldados irrevocables, ejecutaron, durante medio siglo, proezas de leones en los campos de batalla, sin perder, en el fragor de los combates ni en la licencia de los cuarteles, la integridad de la vida cristiana ni la urbanidad exquisita, heredada de sus nobles prosapias. En tiempos de paz, sirvieron a la República en los puestos más elevados del orden civil, permaneciendo ajenos a codicias, ambiciones y envidias. Enemigos de toda violencia, de toda revolución, de toda dictadura, estuvieron afiliados a los partidos civilistas de Nueva Granada. Aunque acribillados de gloriosas cicatrices, llegaron a edad avanzada y fallecieron en paz, en brazos de la Religión que habían practicado durante el curso de la vida. No anticipamos noticias sobre el general París, para no mermar el interés de este libro.

Conocimos en nuestra infancia al insigne prócer, y recordamos la breve estatura, el cabello gris y ya escaso, el bigote negro todavía, la expresión del semblante

(1) En 1885, cuando la toma de Honda por las fuerzas del Gobierno, don José Joaquín se halla en aquella ciudad, pero sin formar parte del ejército. Apenas se rompieron los fuegos, se incorporó, completamente desarmado, a las tropas del general Matéus, y se situó en el punto donde era más viva la fusilería del enemigo. Para defenderse de un sol abrasador, abrió un inmenso paraguas de lona, que vino a ser blanco predilecto de los tiros revolucionarios. Y allí se estuvo, interesadísimo en las peripecias del combate, hasta que éste terminó.

te, aristocrática y bondadosa. Sabíamos que era uno de los libertadores, teniente y amigo de Bolívar, y que la mano mutilada del anciano era reliquia de una gloriosa batalla. Nos acercámos a él penetrados de respeto. Sonrió con cariño, levantó la mano sana y nos acarició blandamente.

Años después, nos cupo el honor de tratar, más o menos de cerca, a algunos de sus hijos. Don Pedro María, el primogénito, vivo retrato en lo físico del general París, fue distinguido ingeniero civil y llevó a cabo varias obras importantes en ejercicio de su profesión. Viajó detenidamente por Europa, y a su regreso, fue quien trajo la estatua de Bolívar, para la plaza principal, y el sepulcro que guarda las cenizas de Castillo y Rada, para la capilla del Colegio del Rosario. Tenía don Pedro María un corazón de paloma, carácter jovial y conversación amena e instructiva. Don José Joaquín emparentó con nuestra familia, por su matrimonio con una dama, modelo de virtudes, hija de don Victor Lago y Ortega, y ha sido con nosotros un amigo leal y cariñoso.

Cuando muera el autor de este libro, no quedará descendencia del general París por línea masculina, pero quedan sus biznietos, que aunque no lleven su apellido, tienen su sangre y la obligación de imitarlo; queda la República libre que él ayudó a crear y fecundó con su sangre; queda su nombre, que ninguna edad borraré; quedan sus grandes hechos para ejemplo de las generaciones venideras.

R. M. CARRASQUILLA

Bogotá, mayo de 1919.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico